

# LEVIATAN

RAFAEL GUERRERO



*Un relato de H-Horror*

*[www.h-horror.com](http://www.h-horror.com)*

**LEVIATÁN**

© 2010 Rafael Guerrero

Junio de 2010

**Asociación Cultural Doble Hache**

Relatos de H-Horror

[www.h-horror.com](http://www.h-horror.com)

Maquetado:

Doble Hache

*Este relato no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo consentimiento de su autor. Todos los derechos reservados.*

## LEVIATÁN

La luna se asoma entre las nubes. La noche es clara y el viento de levante sopla tranquilo y cálido.

Nuestra chalupa navega sobre un mar calmo y no tenemos miedo de que zozobre.

No es un día para morir, y aunque tenemos ansiedad, todos sabemos que Alá nos deparará un futuro lleno de esperanza cuando logremos arribar a la costa.

Mi hermano reza en voz baja mientras acaricia y pasa las cuentas suavemente con sus dedos. Frente a él, entre el velo oscuro con el que nos cubre la noche y la humedad de las olas, puedo ver al niño que se embarcó con nosotros hace ya varias horas, al atardecer dorado del sol rifeño de Martil. El niño es un negro joven proveniente de algún país centroafricano; no tendrá más de 15 años y me pregunto como habrá llegado, tan solo y tan joven, hasta la playa desde donde embarcamos a escondidas para orillar la costa, y escabullirnos hacia Europa.

A ratos, la luz de la luna me devuelve los rostros a aquellos sonidos que oigo; el rezo de mi hermano, la respiración cansada de algún anciano, el gimoteo de ese bebé aterido que llora entre los brazos rígidos de su madre. Después de varios días escondidos entre las rocas y los arbustos de los acantilados, llegó el patrón y nos lo dijo mientras apuntaba con su dedo. - Bajad a aquella playa al atardecer, después del último rezo - .

Y eso hicimos, con las piernas agarrotadas de miedo y el corazón desesperado, nos embarcamos en la patera que nos habría de llevar a Europa; para entrar al mundo rico por la puerta de atrás.

Nuestros cálculos particulares, los de mi hermano y los míos, nos sitúan en algún punto indeterminado del estrecho, al albur de las duras corrientes marinas. Cuando asoma la luna intento adivinar algo en la mirada del patrón de la barca, pero sólo logro ver la cara de otro marroquí preocupado intentando otear el lado opuesto de la mala fortuna.

¿Y si estamos perdidos y nos adentramos en el océano?

Ya han pasado 5 horas desde que salimos, y no vemos luces enfrente. La

gente que está a mi lado empieza a rezar con mas intensidad, porque sabemos que algo no anda bien. Desde hace ya un rato largo, el jefe no dice nada, y cuando la luz asoma, veo como su esquiua mirada se tensa contra el horizonte intentando escrutar algo que ya debería estar ahí. Entonces, cuando yo ya sé que tenemos un problema se lo pregunto.

—Mohamed, amigo, no vemos España.

Y él me mira con un rostro preocupado, logro intuir los músculos de su cara agarrotados por el miedo. Y me dice:

—España esta allí. Mira a tu derecha.

Y es verdad que todos pensábamos que España la veríamos frente a nuestros ojos, pero cuando ladeo la cabeza mirando hacia donde el índice de Mohamed señala, logro ver luces cercanas a unos tres kilómetros de distancia, entre los bancos de humedad. Y me embarga una alegría inmensa, y noto como mi hermano y mis compañeros se emocionan de verdad. El patrón nos dice que callemos y susurra aterrorizado una sola palabra.

—Leviatán.

No consigo interiorizar el significado hasta pasados unos segundos. España está allí, enfrente, casi la podría rozar con la mano, pero el patrón ha nombrado a Leviatán, y todos conocemos la historia.

Leviatán, el milenario demonio marino que ronda este mar desde tiempos inmemoriales acecha nuestra cáscara de nuez. Muchos barcos, barcos reales y grandes, barcos de verdad, han sucumbido al ataque de la legendaria e inmensa serpiente marina. Existen también decenas de historias marineras, esas historias que los ancianos mascullaban entre dientes en los cafetines, entre sorbo y sorbo, sobre marineros desaparecidos mientras pescaban.

El terror se apodera de nuestros corazones. Aquí y ahora, después de tantas horas de esfuerzo, después de toda una vida de miseria y muchos años de sacrificios para reunir el dinero para poder transportarnos en la patera, frente a las ricas costas del primer mundo íbamos a morir devorados y desmembrados por el mítico monstruo.

El silencio, denso como la niebla en la que estamos envueltos, empieza a devolvernos extraños sonidos submarinos. El agua de las olas choca suavemente contra el casco de la patera, y a lo lejos oímos el ruido de coches que circulan por la carretera cercana de la costa a la que nunca llegaremos. De pronto, en cuestión de segundos, oímos en el agua como algún animal de grandes dimensiones asoma su lomo y resopla con fuerza. El sonido es grave y gelatinoso, y un aliento caliente y fétido me abofetea la cara. Alguien grita, es la mujer del bebé, y todos nos dejamos llevar por el pánico, apartándonos desde donde nos llega la intuición del ataque inminente. La barca escora peligrosamente por el movimiento y algunos hombres caen al agua. Mi hermano cae y se golpea contra las tablas, quedando inconsciente. Gritamos cuando vemos una enorme sombra elevarse sobre nuestras cabezas. La luna se asoma, y la luz nos deja ver los ojos de la bestia mirándonos. Yo me quedo paralizado a dos metros de las amarillas y vidriosas pupilas del demonio que me acecha, pues no hay nada que hacer, más que rezar:

«La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. »

Que Alá nos proteja.